

Eulalia comenzó a morir el martes. Olvidada del último almuerzo de domingo, con la familia reunida en torno de la larga mesa especialmente dispuesta para recibir hijos y nietos. Sentado a la cabecera, Madruga presidía los festejos y los hábitos implantados en la casa desde su llegada a América. Y miraba a los presentes con cierto tedio, cobrando de ellos sangre y aprecio a través de las bandejas de viandas engalanadas.

Eulalia cedía al marido discretas porciones de sí misma, ansiosa de recogerse en su cuarto, siempre seguida de Odete, la fiel escudera. O en la iglesia, adonde llegaba aún en ayunas, a tiempo de asistir a la primera misa, de la cual jamás se apartó un solo día.

Cerca del altar, absorta en las cuentas del rosario y en el olor de los cirios encendidos, iba incorporando los santos y los objetos de oro y plata a una realidad moldeada por el sueño, y ajena a miradas extrañas. Y cuando alguna voz dispersa y sin nombre venía a oprimirle el corazón, Eulalia se apresuraba a recoger, junto a la hostia, los recuerdos de Galicia, adonde no había vuelto hacía años. Desvaídos recuerdos, casi sin color, para cuya fijación se le negaban ya las palabras. Afligida, entonces, Eulalia se fortalecía en el rezo y en la tímida sonrisa.

Un ritual automáticamente renovado. Algunos días, sin embargo, se sentía en el teatro, como si frente a ella se moviesen algunas figuras cuyas máscaras se asemejaban a los rostros de familiares muertos. Sin que esta visión le causase miedo. Quizá porque, desde hacía mucho, en su escala afectiva había optado por los muertos. Le parecía que, desde lejos, miraban ellos la vida con la benevolencia de quien dispone de la eternidad. Por el hecho de haberse convertido en eximios apreciadores de lo que había quedado atrás. Bien diferentes de los vivos, que expresaban la alegría en forma ruidosa, siempre en los límites de la mentira y la decrepitud. Y, por ello, desoyendo las historias que ella casualmente intentase contarles, en el afán de preservar la memoria de Don Miguel, su padre.

Últimamente Eulalia observaba a Madruga como si le pesase el encargo de compartir lo cotidiano con su marido. Mientras él, adivinándole los sentimientos, sentía en la mirada de Eulalia el reproche de haber cedido siempre a la sombra de la propia prepotencia.

En esos momentos, Madruga cuidaba de su voz, para que no le sonase metálica. Y hasta de su rostro, muy dado a descomponerse ante emociones intensas, casi siempre de origen dudoso. Ahora más que nunca quería evitar innecesarias aflicciones dentro de los muros de su casa. Tenía la certeza de que Eulalia ya no vendría en su ayuda, como antes, para brindarle la explicación de sus actos inexplicables.

Desde su silla mecedora, en la amplia terraza de la casa de Leblón, Madruga contemplaba el mar. Entonces, perdido en devaneos, soñaba que iba llegando hasta África, al otro lado. En su vejez, ya prácticamente liberado de la tarea de administrar bienes y vidas ajenas, le sobraban largas horas. Apenas si alguno de los hijos, además de Breta, se le aparecía al final de la tarde, con el pretexto de auscultarle su antigua sagacidad empresarial.

Después del paseo matinal por el jardín o por la calzada de la playa, se detenía a mirar el Atlántico. En su esfuerzo de apropiarse las leyendas de un océano que amó desde niño, y que le imponía tanto respeto como el que se debe a las divinidades. Y cuando se hallaba frente a ese mar que habían cruzado barcos, aventureros e inmigrantes, se entregaba a veces a reconstruir el pasado.

La memoria lo llevaba directamente a Galicia, escenario de su infancia. Por él se movía como un cazador de mariposas. Sin olvidarse de recurrir al abuelo Xan. Fue él el primero en darle alas, en invitarlo a la aventura.

Desde la casa del abuelo Xan, en Sobreira, se podían contemplar las montañas que los celtas reverenciaron en el pasado. Un paisaje que confería a la aldea un aspecto soberbio: aquel exceso de piedras amontonadas unas sobre otras, desafiando los músculos de los labradores, que vencían riscos, picos, senderos de cabras.

A pesar de las seducciones de Sobreira, y del abuelo Xan, Madruga eligió América, sin compartir su secreto con la familia. Así desconfiara de la dudosa hospitalidad del continente americano. Una acogida que, bien se sabía, se traducían en el pan trasnochado, el catre duro en una pensión barata, la comida pasada de sal, las cosas todas que le roían el estómago. Una visión pesimista de América, que no pudo disuadirlo, sin embargo, de lanzar su ancla en el li-

toral brasileño, gracias a su intenso deseo de contemplar de cerca una fauna y flora propicias, por el exceso, al paludismo y a las picaduras de las cascabeles.

Desde la terraza, Madruga contemplaba las variaciones de la marea. El vaivén de las aguas le hizo sentir la impresión de no haber cruzado jamás el Atlántico. Cuando, en verdad, lo había vencido un sinnúmero de veces. La primera de ellas de manera memorable, niño aún, viniendo de Galicia.

Un viaje inicial que le inundó el corazón, a la vez, con el sentimiento del desorden y el del descubrimiento. Sin saber cuál solitud atender en el curso de la travesía. Y que se prolongó durante semanas. Víctimas a cada momento de los marineros ingleses, que obstruían el tránsito de los pasillos con gestos arrogantes, para impedirles la llegada a cubierta. Expulsando así a los inmigrantes hacia el entrepuente asfixiante, donde los camarotes se agrupaban sin simetría alguna.

Allí, en noches insomnes, Madruga esperaba el amanecer. Sabía que atracarían en Río de Janeiro en cualquier momento. Y se aprestaba a conocer una ciudad poblada de lujuria y seres extraños, de la cual se decían cosas espantosas. En aquel continente habría de vérselas con una cultura esencialmente plumífera, en donde los blancos eran minoría. Para no mencionar los problemas de la comunicación, que lo llevarían a conquistar una nueva lengua valiéndose de las astucias del alma. Precisando, para lograrlo, destrozar un sistema de fantasías y de defensas que se obstinarían en resistir.

La silla mecedora, de uso exclusivo de Madruga, le hacía sentirse en un barco a la deriva. Los movimientos pendulares, más acelerados, ayudaban al tumulto de sus pensamientos. Obligándolo a reflexionar sobre la muerte cuando aún prefería explicar la vida. Y sobre todo a aguzar la memoria, para entregarla como herencia a Breta.

En los últimos meses, y en momentos de depresión, Madruga se veía cercado de repente por una niebla espesa, que le impedía apreciar la realidad circundante. Como si fuese pasajero de un transatlántico batido por olas enormes, ballenas, y los escombros de otros barcos, al punto devorados por la estela de espumas que los perseguía, y sobre la cual marchaban los naufragos. Le parecía oír entonces, muy lejana, la sirena quejumbrosa de un navío, que no acababa de acercarse para dejar observar a Madruga los pasajeros en cubierta, de aspecto desconsolado, los codos en la baranda, dejando

correr el tiempo. Tartamudeando cosas que nadie, desde el barco de Madruga, entendía. Acaso el anuncio de que les faltaba una carta de navegación para saber en qué puerto atracar.

Hallándose en este estado de ánimo, se veía de súbito ante un escenario distinto. Al frente tenía un circo en cuya pista algunos viejos representaban pasajes vividos por ellos en el pasado, sin que tal esfuerzo escénico despertase reacciones en la platea. En tanto que de la lona saltaban lenguas de fuego, a las que oponían resistencia la pista, las sillas y hasta las graderías.

A veces, bajo la mirada intensa del marido, Eulalia se escabullía entre los muebles, hasta la sala, aferrada a un libro. La vida de Teresa de Ávila, por ejemplo, impresa en letra de forma, siempre la inquietó. Había en aquella española una voracidad superior al fervor de una llamarada que lamiese la floresta seca. Mas ¿de dónde podría venir un ardor ante el cual la propia realidad parecía capitular? ¿Estaría Dios de acuerdo con esos excesos? Teresa obraba como si hubiese en ella, y en el centro mismo de sus vísceras, un nido de serpientes, todas solidarias con sentimientos tan secretos que, en caso de ser expuestos al público, podrían transformar para siempre la superficie humana.

Eulalia no quería de ningún modo saber si Teresa de Ávila, en momentos de flaqueza, llegó alguna vez a tocarse la piel, en una breve caricia, a la hora de vestirse o lavarse. O si llegó a desear, bajo el impulso de la pasión con que rodeó el éxtasis, olvidar de hecho las formas humanas y el deseo que las impulsaba.

Ante el rostro iluminado de Eulalia, cuyos resplandores parecían beneficiarla por dentro, Madruga comprendía que jamás había frecuentado lo más hondo del solar de aquel corazón. Se resignaba, sin embargo, a no reclamar. También él había evitado abrir su pecho, a ella o a sus allegados. No regalándoles la plenitud de sus emociones. En su exterior, cedía apenas a la grandilocuencia de los gestos, cuando no pasaba de ser un cazador escondido entre arbustos, dispuesto a usar instrumentos cortantes contra aquellos que le hiriesen la honra y los intereses.

Adentrándose en esas reflexiones, Madruga sentíase absuelto de culpa. Distráido por momentos de la agobiante angustia humana. Para volver a ella, no obstante, cuando todo le pesaba. Sobre todo por el hecho de que ya había cumplido ochenta años.

Como siempre, la familia se reunía los domingos en torno a la mesa. Una algarabía que incomodaba a Madruga y a Venancio,

el amigo de tantos años. Venancio nunca faltaba a los almuerzos. Ahora con paso más despacioso, sin permitir no obstante que lo fuesen a buscar en auto al suburbio alejado. La vejez de Venancio afectaba también sus gestos y expresiones. Los dos hombres, con los años, se tornaron parecidos. Por eso, en la mesa, procuraban no mirarse, para no verse reflejados el uno en el otro. Todo en Venancio denunciaba su condición modesta, en abierto contraste con las galas que rodeaban a Madruga.

De temperamento inquieto, Madruga se movía por toda la casa. Hasta arrastrar a Venancio al balcón. Desde donde le señaló el mar con el dedo:

—El mar es mi memoria, Venancio. Siempre lancé al Atlántico mis recuerdos. Aun aquellos de los que hoy me avergüenzo. A ti, ahora, no te importa ya nuestro mar. Sólo te preocupa la política. Prefieres referirte al manifiesto de 1848, de Marx, a discutir las corrientes atlánticas. Pues yo te digo que hubiéramos llegado a las teorías de Marx aun sin él. ¿Pero dónde estaríamos nosotros si el hombre europeo no hubiese sobrepasado Gibraltar, enfrentado y vencido el Atlántico? Sólo el océano es capaz de robarnos, e igualmente devolvernos, la visión descomunal de la realidad.

Venancio no respondió. Prefirió darle la espalda, y regresar a su asiento. Obligaba a Madruga a seguirlo. Negándole la ilusión de poder compartir con él un mar que ya nada le decía. Otra vez instalados en la sala, Venancio sentenció, con visible enfado:

—Feliz tú que a tu edad tienes aún tantas certezas. Por mi parte, perdí el sentido de la trascendencia. Tan sólo me limito a creer que la tierra es mi única sepultura.

Madruga no le prestó atención: así podrían estarse toda la tarde. Venancio, en silencio, molesto con la ambición de Madruga, que condenó desde los primeros años de la conquista americana. Cuando éste, dispuesto a perder su propia alma, no escuchaba sus reclamos. Tratando a su vez de envenenar a Venancio con falsas dulzuras y discretos sobornos. Mientras Venancio, ante la amenaza de ver flaquear su conciencia al menor descuido, rebatía con aspereza.

Venancio siempre eligió la poltrona más discreta de la sala. Escondía así sus sentimientos, al tiempo que agredía a Madruga con su pobreza. Pues nada podía ofender tanto a éste como su incapacidad de lidiar con el dinero.

El terno azul estaba reservado para los domingos. Venancio lo cepillaba por las mañanas, antes de ponérselo. Se había descolorido

un poco, y el cuello comenzaba a descoserse. Al llegar a Leblón, por la mañana, se paraba frente a Madruga. Un minuto apenas, dándole tiempo de percibir los detalles insignificantes que iban poblando su existencia entera. En esos momentos, Madruga palidecía. Casi gruñía, con deseos de agredirlo. Como protesta ante un procedimiento que visiblemente pretendía herirlo.

Ante aquella confrontación habitual, Eulalia acudía a socorrerlos, a suavizar los ánimos. Ella tenía el poder de desviar el rumbo de las intrigas que amenazaban envolverlos.

Tras la despedida de Venancio, tranquilizaba a su marido.

—¿No eras tú mismo el que siempre decía que Venancio nos supera en capacidad de soñar? Pues yo te pregunto, ¿quién de nuestra familia tiene la misma habilidad? El sueño es un don, Madruga. Es como saber construir con perfección una jaula o un barco, haciéndolos parecer un palacio morisco.

Y añadió aún: «Además, presiento que Venancio abandonó Brasil hace ya mucho tiempo. Y no podría decir dónde exactamente se encuentra ahora. Tal vez necesita de tu ayuda».

En esta mañana de febrero, Eulalia eligió de su armario un vestido nuevo, de aspecto discreto. Encomendado para las fiestas de Pentecostés. Un tejido que Antonia le dio de presente. La hija siempre a la búsqueda de sedas refinadas, de procedencia extranjera. Mientras más hubiese viajado la tela, más se enternecía ella. De soslayo, Antonia juzgaba la levedad de las sedas orientales con criterios sólo aplicables a las pieles humanas. Al extender el género se detenía en la flexibilidad de las fibras, una superficie en todo semejante a una piel joven, perfumada, que nunca acumuló caricias ni tampoco amarguras.

El baño fue muy medido, con el propósito de ahorrar energías. Bajo la ducha, las fuerzas, sorprendentemente, le volvieron. ¿Quizá equivocaba la fecha, y no le había llegado aún la hora de morir?

Frente al espejo, Eulalia se prendió los cabellos con las hebillas encontradas en la gaveta del armario. Para tal tarea, rechazó la colaboración de Odete, que insistía en ayudarla, como siempre. La mucama la miraba, sin comprender nada.

Al contemplar el espejo, cuyo reflejo generalmente evitaba, pensó que era aquél un objeto implacable. Le devolvía en aquel instante el rostro de una vieja. Alguien extraño para ella misma. Con certeza este rostro suyo había viajado mucho, y ella no siempre lo había seguido.

Odete insistió con la esponja de los polvos. Eulalia aceptó los retoques, y dejó que le acentuase las mejillas con un poco de carmín. ¿A qué negarse tal frivolidad, si nada había en ella de condenable? Simples gestos de un hacer cotidiano consagrado por una práctica común a todos los mortales.

Y además no pretendía, en aquel instante, alterar ningún hábito. O renunciar a actos a los que la familia estaba acostumbrada. La vida se repetía sin alardes, disonancias o bruscas rupturas. Hasta la tragedia se deslizaba a veces por las vías de la comedia y de los sollozos.

Eulalia había aprendido con su padre, Don Miguel, a sumergirse en el llanto dulcemente, como quien se baña en las aguas tibias de un río y, muy suavemente, es rozado por los peces y las algas que afloran atraídos por el sol. La tierra no pasaba de ser un riachuelo de verano, de aspecto transitorio. Y ella, un habitante más de los tantos que abastecían el paisaje. Y siempre de importancia relativa. Incluso porque pocas semillas germinaban, la mayoría sucumbía al ciclo de las estaciones. Y luego, estar presente en un comedor adornado con vajilla de plata, candelabros, significaba apenas ser un comensal más entre los millones que usufructuaban la misma refacción frugal.

Aquel era para Eulalia un momento culminante. Y, sin embargo, una sensación de pérdida le oprimía el pecho, hasta cortarle la respiración, haciéndola casi sucumbir aun antes de que la muerte reclamara sus derechos. Tal vez fuese necesario desprenderse lo más rápido posible de las voces y los cuerpos circundantes, cosas todas relativas frente a una trama tan dramática.

Eulalia ambicionaba una despedida que equivaliese a la ceremonia del té, al caer de la tarde, como siempre la tuvo. El día, de esta suerte, amenazaba proseguir con sus vapores y aroma de hierbas aunque ella faltase al compromiso de vivir.

Aquel presentimiento de la muerte le vino de repente. Al principio, confundió el calor en el pecho con el verano del mes de febrero. Había tosido la víspera, y la tos no le había cedido a pesar del jarabe suministrado por Odete, que insistía en llamar al médico. Con la atmósfera pesada, las horas ganaban una lenta dimensión. Pero, al oscurecer, y cuando Eulalia se dirigía a la sala, donde Madrugá leía sentado en la poltrona, su vista se nubló, sintió que un juego de sombras se agitaba frente a ella, y no pudo, por unos instantes, distinguir lo que había dentro de la casa.

Se esforzó en vencer la situación inusitada, concentrándose en Madruga, una silueta familiar. Al fin recobró la limpieza de la visión. Pudo ver al esposo, ajeno a los acontecimientos, hojeando las páginas del diario con impaciencia, pues prácticamente las rasgaba. Quizá buscando con ello hacer latir el corazón y el estómago de la vida, que a los dos los consumía.

Eulalia desvió la mirada. Evitando ver el rostro del marido, por donde parecía circular un mensaje que le decretaba el cumplimiento de un hecho inaplazable. Y ante el cual ella se rebelaba. Por qué debía Madruga, una vez más, definirle su destino, transmitirle presagios. Especialmente ahora que la vejez lo había ablandado, y ya no reaccionaba como antes. Únicamente su mirar de águila, movido de cuando en cuando por la cólera, exhibía el deseo de fulminar a la familia. Y se apreciaba entonces en su rostro un raro placer. El mismo rostro donde finalmente Eulalia leyó el mensaje que sólo ella sabría descifrar.

Eulalia, sin embargo, intentó una tímida defensa. No era fácil aceptar que la muerte estaba tan próxima, anunciada a través del rostro de Madruga, ajeno a todo. A pesar del acentuado cansancio que ella sentía desde hacía dos años. Hizo un ruido en la sala para atraer la atención del marido.

—¿Qué sucede, Eulalia? ¿Tal parece que viste un fantasma! —dijo Madruga, en aquel tranquilo anochecer. Inquieto ante la mujer que lo miraba, como si aguardase su dictamen.

Las palabras de Madruga le sonaron sordas. Cuando había palabras que parecían llegarle al galope, en medio de una polvareda. Y con tal fuerza que podían significar lo contrario de lo que afirmaban. Fue su padre, por lo demás, quien la había advertido a ese respecto, sentados ambos bajo el parral, después del almuerzo. Los dedos finos de Don Miguel apoyados en el bastón. Disfrutaban el verano gallego, y Eulalia aún no conocía a Madruga.

—Cuidado, Eulalia, desconfía de las palabras. Afirman tanto como niegan. Y esto por causa de nuestra vanidad. A toda costa queremos ser poetas, cuando en verdad somos lisiados, mortales y arrogantes.

Gracias a esta lección inquietante, Eulalia desistió de asociar lo intangible, de la órbita de Dios, con lo que se dejaba entrever, del dominio humano. A su juicio, había que ir directamente a Dios. Esquivando la embestida de la violencia, cuya práctica constante daba cuenta de los fracasos del verbo.

Falta, sin embargo, de recursos para oponerse a la realidad de Madruga, de la cual Dios había sido alejado, Eulalia se entregaba a los rezos con intensa obstinación. Y en las letanías, especialmente, daba libre curso a variados sentimientos. Aunque muchos de ellos se desvanecían luego, a pesar de su afán de retenerlos.

Nada, entretanto, conseguía traer hasta su puerta el rostro nítido de la realidad. Aquella especie de realidad que alentaba y distraía a Madruga. Por eso Eulalia, compungida, sospechó que faltaba en la realidad un sentido realista.

Instalada por Madruga y Don Miguel en el centro mismo de la casa, con las ventanas selladas, todo aislado, ambos le habían explicado precariamente la vida. Sin que el percatarse de ello le causara disgusto. Incluso porque ciertos excesos habrían herido la cara de Dios.

Evitaba discutir las ocurrencias humanas con Madruga. Disponía de un modo propio de interpretarlas. Además, no tenía propuestas para hacer. Y desde muy temprano había intuido la inutilidad de competir con las voces naturales, como el trueno y la tormenta. Madruga era una de esas voces.

Madruga la observaba con inocencia. Aun así, su rostro le avisaba la muerte. Eulalia pensó en prevenirlo acerca de este extraño fenómeno. Casi le dijo, lo siento mucho, pero preciso dejarte antes del plazo por ti previsto. Sin embargo, calló. Percibió de repente que no le dolería tanto abandonarlo. O a la familia.

Ya los nietos les rondaban la casa, prontos a devorar los recuerdos ingenuamente acumulados en los años de América. No tenía importancia. Hacía mucho tiempo que los objetos le pesaban. Y, además, quemar retratos, documentos, cartas, era la tarea inaplazable de los sobrevivientes, pensó con cierta angustia.

Se alejó hacia la ventana, para observar el jardín. Allí estaban plantados árboles más viejos que ella. La consoló el hecho de que los sentimientos son intransmisibles. Alguien incluso le había confesado que los sentimientos nacen y mueren encarcelados en la misma concha, y raramente van al encuentro del sol. ¿Pero quién? ¿Quién cristalizó tan sabiamente un conocimiento que sólo se alcanza la víspera de una batalla que no admite tregua?

Desde su casamiento, Eulalia evitó aclarar los malentendidos. Para que purgasen por sí mismos. De qué valdría ahora compartir con Madruga su desenlace. Reaccionaría inflamado, prohibiéndole la muerte. Precisamente ahora, cuando ella comenzaba a sentir placer en asumir sola una decisión de tal magnitud.

---

Al levantarse pues aquella mañana, después del té, Eulalia se negó a ir a misa, pero se vistió como si fuese a salir. Odete se angustió al notarlo. La rodeó de tales cuidados que Eulalia se sintió conmovida. Pero ni Odete podría privarla del cumplimiento de su destino.

Estaba segura de que ella aceptaría su decisión. En todos aquellos años, nunca le sorprendió una sola mirada rencorosa o un sentimiento de naturaleza irrecusable, de esos que flotan en los ojos inyectados por el rojo de la cólera.

También Odete había envejecido. Y al acudir a su memoria, Eulalia se esforzó en recordar algún momento de la criada que fuera merecedor de amplios elogios. Se avergonzó de no recordar ninguno. ¿Sería por eso que Odete a veces se ausentaba de la casa en espíritu, marchándose a algún sitio de donde tardaba en regresar? ¿Y luego, de vuelta de esta excursión imaginaria, su retina acusaba haber visitado los abrevaderos de la miseria, llamado a su puerta? Llegaba con sed cruel. Pues se lanzaba sobre el cántaro y bebía descuidada. Hasta el punto de que los hilos de agua le escurrían por las comisuras, para disgusto de Eulalia.

La apariencia de Odete, con todo, parecía afirmar que venía de noble estirpe. Su cuerpo mostraba aspectos que la devolvían al África. Recreando Odete de este modo, por las vías de la memoria ancestral, la misma trayectoria consagrada por los notables de su tribu, quienes ya desde el interior de los fétidos navíos negreros conocieron el Brasil y el cautiverio.

Eulalia conservó el vestido de seda durante una hora. Después aceptó el camisón que Odete le trajo. También fue Odete quien la acomodó en la cama, arreglándole las almohadas. Y aun le trajo agua mineral, bizcochos y té, segura de que con eso le ahuyentaría los males.

Hábilmente, la criada abrió espacios en la mesilla de noche, una bella pieza con incrustaciones cuya función principal era la de guardar los remedios habituales de Eulalia, siempre delicada de salud. Odete los identificaba por los rótulos, sin alcanzar a retener sus nombres.

Eulalia se sintió ligeramente mareada como si estuviese en el puente de un barco anclado en la Bahía de Guanabara. Bajo la protección del país en cuyo territorio también ella atracara, hacía ya tantos años. Se acomodó bajo las sábanas, como si quisiera demostrar a Odete y a los otros miembros de la familia que muy pronto comenzarían a visitarla, que no tenía intenciones de levantarse más de allí.

Odete tardaba en entender sus intenciones. Quizá no había sido suficientemente explícita. A pesar de que su respiración, ahora más pausada, hablaba por sí sola. ¿Qué podría decir para que creyeran en sus designios? Aunque no renegase de ciertas delicadezas, y ansiase una agonía rápida, sin vómitos ni estertores. Para no verse asfixiada, la boca abierta, la baba cayéndole de los labios y dándole una apariencia senil.

—Ha llegado mi hora, Odete. Dios siempre me habló a través de murmullos. Para que sólo yo escuchara —dijo, con tenue sonrisa.

Con el pretexto de enjugarle el sudor, Odete le acarició la frente. Ya otras veces había disfrutado el cuerpo de la patrona, la intimidad impuesta por sucesivas dolencias. Cada una de éstas acentuando la fragilidad de Eulalia. En tanto, Odete se negaba a creer que Eulalia, bajo protección médica, pudiese morir. Y arrastrar consigo su propia vida, incrustada como una piedra preciosa en el pecho de aquella mujer, ahora acostada en el lecho antiguo de matrimonio.

Madruga reaccionó inquieto ante la noticia. Con la certeza de que Eulalia se pondría pronto de pie. Preocupado, sin embargo, ordenó la venida del médico y de toda la familia. Con las providencias tomadas recuperó cierto vigor.

El médico constató la extrema debilidad del corazón de Eulalia. Era preciso internarla. Ella rehusó. Dueña de su vida, decidía dónde morir. Sin admitir impedimentos para su desenlace.

El médico se retiró del cuarto.

—En esas condiciones, no respondo por doña Eulalia —dijo. Sobre todo porque la voluntad de la paciente favorecía más a la muerte que a la vida.

—¿Insinúa usted que mi mujer está decidida a morir? —dijo Madruga, casi gritando.

El médico procuró no enfrentarse al temperamento de Madruga, conocido de hacía tiempo.

—Sugiero apenas aprovechar los recursos hospitalarios. No entro en consideraciones de orden metafísico.

—¿Por fin, doctor, va a morir, o no? —Madruga no disimulaba su angustia.

—Su estado es extremadamente delicado. Desde hace mucho se han venido agravando sus problemas cardíacos. En cuanto a que muera, señor Madruga, nada puedo afirmar.

---

—Pues debería hacerlo, doctor. La muerte es nuestra mayor enemiga, y, si no la conocemos suficientemente, ¿cómo podremos enfrentarla?

Madruga regresó apresuradamente al cuarto de Eulalia. Otra vez la mujer se aliaba a su dios para escarnecerlo, expulsándolo de sus pactos esotéricos. Visiblemente irritado, la tomó de la mano. Los dedos fríos de Eulalia asieron los suyos con inusitada fuerza. Madruga tuvo miedo. Sintió en el cuarto la presencia de la dama de la guadaña, pronta a descargarla sobre el pecho de alguien, en su habitual ardor de segar vidas.

En lucha contra la siniestra presencia, Madruga apretó angustiada las extremidades de Eulalia, como queriendo restaurarle el flujo sanguíneo, y protegerse él también. Notó entonces que Eulalia, atenta a sus esfuerzos, desviaba la mirada, deseosa de quedarse sola.

—No quiero que mueras, Eulalia. ¿Me oyes? No quiero —dijo demudado, la voz vacilante.

Eulalia lo miró sonriendo. Se diría que volvía a su rostro aquella sonrisa de los primeros tiempos. La misma que él vio extinguirse con los años y las arrugas. Su antigua hermosura se había ido apagando lentamente. Exhibía ahora una dentadura brillante y nociva, enemiga de la memoria que guardaba de ella, desde Sobreira.

¿Así pues, además de la muerte necesito enfrentar sus dientes mentirosos, la sonrisa robada, sin duda, a algún muerto? ¿Y adónde se ha ido su sonrisa? ¿Confiesa, Eulalia, que yo iré a buscarla! ¿En dónde, al fin, se encuentra esa mujer que, en verdad, murió hace muchos años, sin que ni ella ni yo nos diésemos cuenta? ¿Tenía acaso algún sentido el que ellos se aferraran a un resto mentiroso de vida? ¿Cuándo de hecho ya la existencia los había abandonado, restándoles apenas pedazos adheridos a las paredes agrietadas y mohosas? Con certeza también él había muerto, sin que un único hijo, el más piadoso de todos, le hubiese advertido el infausto acontecimiento. El acto vil e indigno del cual había sido protagonista.

Confuso, Madruga se cubrió el rostro con las manos, murmuró palabras de protesta. Para que la mujer las oyese y se arrepintiera. Eulalia le pidió que alzase la voz. De tal modo la vida que se le escapaba la iba disminuyendo que las palabras de Madruga le sonaban escasas, inaudibles.

—Tú me traicionaste, Eulalia. Me sabías muerto hace tiempo, y no tuviste el coraje de avisarme —dijo él.

Eulalia levantó la mano derecha, le tocó el brazo, aún vigoroso. Cuántas veces había sido ella testigo de aquel cuerpo listo a atacar al menor indicio de cualquier crispación humana.

—Sólo puedo responder por mi muerte, Madruga —muscitó muy despacio, forzándolo a inclinarse para oírla—. Si en la vida estuvimos juntos, en la muerte estaremos separados.

Tobías fue el primer hijo en llegar. Miguel, Bento y Antonia desfilaron luego por el cuarto. Los nietos también, en obediencia al proceso sucesorio. Eulalia los observó. Repetíanle palabras y gestos conocidos. Había en ellos el temor de que su muerte los arrasara a todos. Eulalia registró la presencia de Breta. Breta se protegía de intensas emociones. Se condolía más de Madruga que de ella. Eulalia siempre había cedido esta nieta a su marido. Para que Madruga compartiese con ella toda suerte de caprichos. Intuía que entre abuelo y nieta existía un vínculo exigente y competitivo. Cada uno extrayendo del otro lo que a él le faltaba.

Sin atender a la presencia de Tobías, que los vigilaba, Madruga volvió a insistir. Sus palabras filtradas por el hijo.

—No nos dejes, Eulalia. No te olvides de nuestro pacto. Que tú me enterrarías. Que serías mi viuda y llorarías por mí, y no yo por ti —dijo, sin percibir la suave sonrisa de Eulalia, descreída de un trato jamás firmado.

Tobías lo agarró del brazo. La prepotencia del padre arrojaba sombras por la casa, como una irrespetuosidad hacia los moribundos. Tal vez quisiese Madruga disputar con Eulalia las honras de la muerte. Mientras miraba al padre, le apretaba el brazo.

Madruga no reaccionó. El gesto del hijo era una sentencia. Y actualizaba las batallas libradas entre ellos desde hacía años. En ese momento se miraron como extraños. Ambos se herían con aceros imperceptibles, para que Eulalia nada percibiese.

—Deja a mamá en paz. Ella merece morir sin el peso de nuestra presencia. Suficiente tuvo con lo que nos soportó en vida, sin protestar —dijo Tobías, ahora en tono conciliador.

Tobías había engordado. Acumulaba grasas indebidas alrededor del vientre. Podía ser confundido con un banquero próspero. Madruga veía al hijo como una ventosa aferrada a su cuerpo. A cambio de este plasma cotidiano, Madruga se sumergía igualmente en el universo de Tobías, siempre a la espera de un enfrentamiento. Ambos se batían con palabras que no mataban. Impermeabilizadas y sin eco.

Imaginaba la secuencia de los gestos de Tobías el día de su entierro. En la capilla mortuoria, el hijo se acercaría al cajón varias veces, tan sólo para enderezarle el nudo de la corbata. Seguro de que era éste un detalle fundamental para el padre. A Madruga se le ocurrió pensar quién estaría presente en su velorio, como testigo de un acto tan modesto y que, no obstante, tal vez explicase la vida. ¿Debería todo hijo, necesariamente, decretar el fin del padre, en el afán de sucederlo? ¿Tornándose en el enemigo que se amaba y por quien se era locamente amado?

Abandonó el cuarto, ansioso por ver el mar desde el balcón. La marea extendía por el jardín un aroma seco de pez y alga. Breta se acercó, abriendo de par en par las ventanas. Aún impresionada con lo que había visto en el cuarto. El abuelo, de dientes apretados, condenando a Eulalia a vivir a cualquier precio. ¿Expresaba con aquel gesto el dolor por la pérdida de la mujer, o porque iría a faltarle, a partir de entonces, el principal testigo de su vida?

Breta se sentía reflejada en el abuelo. También él se debatía ante una soledad de la cual ya no podría arrancar, como antes, gritos de triunfo y trozos de poder. Sintiendo la soledad de Madruga como un pedazo de carne cruda, que le entraba por la garganta a cualquier hora del día. A la hora del café matinal o por la noche, entre los aullidos de los lobos.

Madruga se asustó ante la palidez de la nieta.

—¿Te encuentras bien, Breta? Soy yo quien teme perder a su compañera —terminó diciendo, preocupado con lo que Breta pudiese pensar. A veces, ella lo disecaba sin misericordia.

Breta no respondió. El poder de Madruga se extendía por la familia. Era un patriarca sabio e insistente. Acogía a todos en su caverna, para que allí permaneciesen al abrigo de su vigilancia, disfrutando del fuego de su hogar. Quién si no él arrebató la carne de los árboles, de las rocas, del agua, para llevarla a las brasas y asegurarles el alimento.

Madruga insistía en debelar a la nieta. Resentido ante la posibilidad de sentimientos que dañasen su imagen. Al fin de cuentas, se había sacrificado por la familia. Todo lo había hecho en nombre de un afecto inscrito en el pecho, por el que no había vacilado en mutilar ciertos sueños, con la convicción de que la vida era una batalla campal en donde se hacía imperioso desplegar la bandera de los vencedores.

---

—Eulalia nos expulsó de sus sueños y de sus rezos. No hay ya en ella lugar para nosotros. Sólo para su desgraciada decisión —dijo Madruga.

A pesar de que la atmósfera se renovaba gracias a las ventanas abiertas, Madruga sintió que en aquel momento le dolía en el cuerpo el amor humano. Tal vez se sintiese mejor a la mañana siguiente. Ahora, sin embargo, apelaba en secreto a su mujer. ¿Me estás oyendo, Eulalia? Quizás ella prefería dar su atención a Tobías, quien en el futuro tendría el cuidado de quedar apenas con las partes fraudulentas de la biografía paterna.

La casa se transformó a partir de la enfermedad de Eulalia. Todos obrando sin ceremonia. Madruga se instaló en la poltrona. Aún pensando en ella. Vamos, Eulalia, habla de una vez. ¿Quién va a quedarse con mi historia? ¿Y hacia dónde han de seguir los sueños, que tanto aprecias? ¿Acaso existiría un sólo mortal con autoridad para recoger las historias de los muertos enterradas a la sombra de árboles sin memoria?

—Recíballo, abuelo. Le hará bien —Breta le ofreció el pocillo de café.

Ambos se preparaban para la prolongada vigilia. Madruga sorbió el café sin azúcar, amargo. El grano fresco, aún sin tostar. La noche amenazaba llegar lenta e intransferible. Los faroles de las calles se encendieron. No podía saber la ciudad que Madruga y Breta velaban una mujer dispuesta a morir con notable decoro. Con la cruz aferrada al pecho.

Las últimas gotas de café estaban frías. Mejor así. Todo le pareció más sereno. Sólo lo perturbó de repente el rostro de Breta. Cuánto más joven que el suyo. Nadie como ella acentuaba tan bien los ritmos desacompañados de su realidad. Induciéndolo a recurrir a toda clase de recuerdos. De hecho, nada le parecía más grato que retener a Breta a su lado durante la larga noche.